



De todos los lugares del mundo que conozco, Positano, Italia, se destaca para mí por sus impresionantes vistas de montaña y el Mediterráneo. Al sur de Nápoles, enclavado entre los acantilados de la costa amalfitana, lo visité por primera vez en agosto de 2004. Pero no fue hasta la Pascua de 2012 que descubrí el tesoro escondido de Positano. El párroco local pedía a varios hermanos sacerdotes de mi comunidad de los Legionarios de Cristo, durante el tiempo de Pascua, bendecir las casas de allí, junto con restaurantes y hoteles, siendo Positano un paraíso turístico. Por "casualidad" me pidieron que estuviera a cargo de ocho seminaristas esa semana de Pascua. En aquel paraíso mediterráneo y montañoso, experimenté por primera vez la bondad de Dios. Obviamente, el amor de Dios era un concepto familiar para mí: criado en una familia fuertemente católica, para entonces ya había vivido 15 años de formación en el seminario de los Legionarios de Cristo. Por varias razones que les ahorraré leer ahora, yo había llegado a una relación más bien farisaica con el Señor. Al igual que los fariseos de los Evangelios, había reducido mi acercamiento a Dios a cumplir mi parte del trato cumpliendo todos los deberes diarios, semanales, mensuales, etc., que se me asignan. Me consuela el hecho de que "fariseo" es un término común en los círculos religiosos; un fenómeno bastante frecuente entre quienes se dedican plenamente a la fe. Pero me consuela aún más el hecho de que el Señor me haya llevado a Positano para mostrarme que no necesita ni me pide mi lista de tareas: Simplemente me ama a mí y a todos sus hijos. Tanto la belleza natural de Positano como mi bendición a las personas y a sus hogares y lugares de trabajo me abrieron los ojos a la bondad fundamental de Dios.

Positano está dedicada a la protección de Nuestra Señora de Positano, un icono del siglo XII que representa a Nuestra Señora entronizada con el Niño Jesús. Providencialmente celebran el 15 de agosto como la fiesta "della Madonna", por ser la celebración de la Iglesia católica de la Asunción. Al ser el sur de Italia, es un evento de 36 horas: Misa y procesión en barco la víspera del 15 de agosto, misa solemne y procesión por las calles toda la tarde del día de la Asunción, y fuegos artificiales a medianoche. ¿Por qué tanto alboroto? Es en honor del hecho único e irrepetible de que María, la Madre de Jesús, ha sido asunta en cuerpo y alma al cielo. Además de su Hijo, el Señor resucitado, María es el único ser humano que ya disfruta del cielo en su cuerpo humano glorificado. Todos los santos gozan ya

del cielo, pero sólo con sus almas espirituales; ellos, como nosotros, esperan la resurrección de nuestros cuerpos al final de los tiempos. Sé que la primera vez que uno se encuentra con este dogma católico puede resultar difícil de digerir. Antes de empezar a reflexionar sobre ello, un rápido enlace de vuelta a Positano: copiando y adaptando ligeramente la poética frase de la entrada de la ciudad vecina de Amalfi, "para los positanos, el día en que entren en el Paraíso será un día como cualquier otro: ya poseen el Paraíso aquí, en casa, en Positano". Positano es un recordatorio natural y topológico de ese misterio que los católicos celebramos en la Asunción de María: Todos estamos llamados al cielo, no sólo para unos días de vacaciones, sino para siempre, por tiempo sin fin, en cuerpo y alma.

En agosto de 2020, mientras terminaba mis estudios de doctorado en Barcelona, España, tuve el privilegio de recorrer el Camino de Santiago como capellán de un grupo de 50 jóvenes españoles. Después de llevar a otros dos grupos míos desde México al Camino, he comenzado - apenas, en realidad - a comprender el impacto que la caminata de más de 110 kilómetros tiene en nosotros los seres humanos. A medida que pasan los días, los kilómetros y los bellos paisajes, el Camino despierta algo en lo más profundo de nuestro ser. Como todo lo humano, ese "algo" es muy complejo. Pero un factor esencial de la experiencia del Camino es el sentido de la dirección: ¿Hacia dónde me dirijo? ¿Por qué precisamente soporto los dolores, las ampollas, la lluvia, etc.? La meta o el destino se vuelven realmente trascendentales en el Camino, si queremos que todas las dificultades que conlleva sean soportables y tengan sentido.

Ahora bien, entiendo que la gente camine a Santiago por razones muy diferentes: el sentido católico de la peregrinación a la tumba del Apóstol Santiago puede no ser el principal motivo para la mayoría de los caminantes del Camino. Sea cual sea el motivo, el Camino habla profundamente a todos sus transeúntes, precisamente porque les enfrenta a esa pregunta que cambia la vida: ¿Hacia dónde me dirijo? Y ahí es donde entra en juego la Asunción de María: Dios la llevó al cielo como una especie de garantía de su promesa de que todos resucitaremos el último día. ¿Y qué?, te preguntarás con razón, gran cosa, ¡hurra por María!; ¿qué hay para nosotros? Lo que la Asunción hace por nosotros es fijar el destino final con la mayor firmeza y claridad posibles. Y una vez que la meta de nuestra existencia está clara, el camino/la elección a tomar se hace mucho más clara. Nuestra vida se convierte en el Camino, con el cielo como destino final. Y más que el cielo como lugar, la meta que da sentido es una Persona, una comunión de Personas tan profundamente enamorada que apenas podemos imaginarla. El creyente empieza a darse cuenta de la importancia que tiene este dogma mariano para su vida cotidiana.

J. Peterson ha insistido cada vez más en la importancia del sentido para una psicología humana sana. Plantea la siguiente pregunta: ¿por qué hoy en día hay un brote tan generalizado y aterrador de enfermedades psicológicas y emocionales? Si el concepto y la promesa de la época moderna, sobre el progreso material y técnico, fueran todo lo que aparentan ser, los países ricos de

Norteamérica y Europa deberían ser los más felices de toda la historia de la humanidad. Como es evidente que no es así - dejaré la búsqueda de estadísticas al ChatGPT -, ¿podrían la fe y la religión volver a flote en la conciencia humana, a pesar de muchos ateos materialistas y prácticos? Desde que empecé a dar clases de civilización occidental, el alejamiento de todo lo cristiano es cada vez más evidente. A medida que Europa se volvía más próspera, informada y experta en tecnología, la fe en Jesucristo se volvía mucho más superflua, al menos en apariencia. Para usar el ejemplo de la adolescencia y la edad adulta, la humanidad alcanzó la mayoría de edad alrededor de los siglos 15 y 16, y se rebeló duramente contra toda autoridad, límites morales y Dios. Y como un adolescente borracho y drogado después de estrellar su coche contra un árbol, ¿qué aprendimos después de Auschwitz, los gulags y los Lehman Brothers? Desde luego, no espero reformar la humanidad con este artículo; tómelo más bien como un examen de conciencia y una reflexión sobre cómo hemos llegado hasta aquí. Si la fórmula de la felicidad sin el factor Dios parece haber llegado a un callejón sin salida (aunque, siendo humanos, es muy probable que acabemos estrellándonos contra otro árbol muy pronto, tanto individual como colectivamente), ¿qué pasaría si volvemos a incluir a Dios en la ecuación?

Mientras el mundo post-COVID explora los numerosos caminos a seguir, una renovación de nuestro sentido de la fe, de la apertura al Otro, contribuiría en gran medida a iluminar todos esos caminos. En este sentido, la aparente ingenuidad medieval de la Asunción de María adquiere un significado mucho más personal. ¿Quién es exactamente María de Nazaret? Es una pregunta bastante difícil, a la que no soy teólogo experto para intentar dar una respuesta completa. Para mí, María es el prototipo de Dios para la humanidad: Siendo como tú y como yo, María es la primera de nuestra raza que colaboró plena e incondicionalmente con la gracia de Dios en su vida. Ella es su obra maestra, no como una pieza de arte para ser custodiada exclusivamente en alguna galería real, sino colocada abiertamente como nuestra meta, estandarte, prototipo. Y precisamente porque es tan especial, es muy fácil que la consideremos una anomalía, completamente ajena a nuestra existencia mundana, demasiado centrada en nosotros mismos. Sin embargo, no era la doncella protegida y privilegiada que cabría esperar: La fe de María fue puesta a prueba constante y dolorosamente a lo largo de toda su vida. También ella tuvo que peregrinar en los claroscuros de la fe en el Señor, sin respuestas claras para su futuro inmediato. Lo que hace mucho más significativa su Asunción al cielo: Ese acontecimiento histórico es la promesa de Dios a todos los que ponen su fe y su confianza en Él - su camino, su plan, sus normas morales, sus travesías por el desierto del sufrimiento humano -, de verdad nos recompensará en la otra vida, con vida en abundancia.

¿Qué implica exactamente esa fe? ¿Cómo se manifiesta, se concreta en mi vida? Esa será, en parte, la cuestión que espero abordar poco a poco en esta serie de escritos. Personalmente, creo que la fe cristiana y la vida van de la mano de maravilla, aunque a veces esa fe nos jala hacia adelante de forma bastante dolorosa. La existencia y la vida humanas son una aventura maravillosa, llena de

innumerables e inefables obstáculos que superar; los creyentes en el Dios Encarnado tienen todo un armamento a su alcance. Mi deseo es que con estas reflexiones personales podamos descubrir y experimentar todo el potencial de la fe vivida en todas sus dimensiones. Que María nos guíe por el camino de una fe cada vez más consciente, hacia la única meta que merece una vida humana: Dios en toda su gloria.